

Narva y los rusófonos de Estonia como ejemplo del desafío sociolingüístico y geopolítico en los países bálticos

Narva and the Russian-speaking population of Estonia as an example of the sociolinguistic and geopolitical challenge in the Baltic States

Iván Robles Menéndez

Universidad de Salamanca, España

Recibido: 12/06/2025 · Aceptado: 07/10/2025

Resumen

Este artículo examina las implicaciones sociolingüísticas y geopolíticas de la presencia de una numerosa comunidad rusófona en Estonia, con especial atención al caso de la ciudad de Narva, fronteriza con la Federación Rusa. A través de un enfoque interdisciplinar que combina análisis histórico, demográfico y político, se estudian las políticas implementadas tras la independencia, el proceso de *estonización* educativa, la evolución de la identidad de los rusohablantes y las tensiones surgidas a raíz de la guerra en Ucrania. Se argumenta que el uso del idioma ruso no constituye en sí mismo un indicador de deslealtad política ni de alineamiento con Moscú, y que es posible articular formas de ciudadanía inclusiva que reconozcan el pluralismo sin comprometer la cohesión estatal. El estudio contribuye al debate sobre la relación entre lengua, identidad y seguridad en contextos postsoviéticos, ofreciendo una perspectiva matizada sobre la integración cívica en sociedades multilingües.

Palabras clave

Rusófonos, Estonia, lengua, ciudadanía, identidad.

Abstract

This article examines the sociolinguistic and geopolitical implications of the Russian-speaking minority in Estonia, with a specific focus on the city of Narva, in the border with the Russian Federation. Using an interdisciplinary approach that combines historical, demographic and political analysis, the study explores post-independence policies, the ongoing process of educational *Estonization*, the evolving identity of Russian speakers, and the tensions triggered by the war in Ukraine. It argues that speaking Russian does not inherently indicate political disloyalty or alignment with Moscow, and that inclusive forms of citizenship are feasible within a plural framework. The article contributes to the broader debate on the nexus between language, identity and security in post-communist societies, offering a nuanced perspective on civic integration in multilingual contexts.

Keywords

Russian-speakers, Estonia, language, citizenship, identity.

Cómo citar: Robles Menéndez, I. (2026). Narva y los rusófonos de Estonia como ejemplo del desafío sociolingüístico y geopolítico en los países bálticos. *Orden Internacional, Revista de Estudios Internacionales*, 2, e108. <https://doi.org/10.33732/roi.108>

Introducción

En las repúblicas bálticas, Estonia, Letonia y Lituania, la lengua ha sido históricamente un marcador de identidad nacional, pero también una fuente de fracturas internas y tensiones geopolíticas. En contextos poscoloniales como el del Báltico, las lenguas no son solo medios de comunicación, sino símbolos de soberanía, resistencia o, en ocasiones, sospecha. El ruso fue percibido durante décadas como una marca de lealtad dudosa, y quien lo hablaba era con frecuencia considerado un ciudadano sospechoso en términos políticos y sociales. Desde la restauración de su independencia en 1991 tras décadas de dominio ruso y de ocupación soviética, Estonia ha apostado por un modelo de construcción nacional basado en la centralidad de la lengua estonia como eje vertebrador del nuevo Estado democrático (Laitin, 1998). Este proceso, sin embargo, ha debido coexistir con la presencia de una nutrida comunidad rusófona, herencia de las políticas de migración interna y rusificación del período soviético.

Este desafío se ha visto intensificado por dinámicas geopolíticas más amplias. Desde la anexión de Crimea en 2014, el Kremlin ha instrumentalizado la narrativa de la “protección de los compatriotas rusos” como excusa para intervenir en Estados vecinos, en lo que algunos analistas han denominado un “revisionismo híbrido” (Toal, 2019). Este concepto, más que aludir de forma exclusiva a la coyuntura actual, busca describir una estrategia más amplia en la que la lengua, la historia y la identidad cultural se convierten en herramientas políticas, aplicables tanto al caso ruso como a otros contextos internacionales. Sin embargo, las minorías rusoparlantes que residen fuera de las fronteras de la Federación Rusa han pasado a ser consideradas no solo actores sociales, sino posibles vectores de inestabilidad o piezas en un tablero geoestratégico más amplio.

Narva, ciudad situada en el extremo noreste de Estonia y cercana a San Petersburgo, constituye un epicentro simbólico de estas tensiones. Con un 97% de la población de la ciudad teniendo el ruso como lengua materna (Makarychev, 2024: 6), Narva ha sido objeto de atención internacional como posible escenario de confrontación híbrida o desestabilización encubierta. A pesar de sus reducidas dimensiones territoriales, Estonia comparte aproximadamente 294 kilómetros de frontera terrestre con la Federación Rusa, circunstancia que contribuye a reforzar la relevancia geopolítica de esta región fronteriza, como puede apreciarse en el mapa que se presenta a continuación.

Algunos medios y analistas han especulado con la posibilidad de que la ciudad de Narva se convierta en “la próxima Crimea” (Berman, 2014), especialmente tras los ejercicios militares rusos cerca de la frontera estonia, que se intensificaron a partir de 2014 y que se vienen repitiendo con frecuencia en los últimos años. No obstante, los estudios empíricos y encuestas realizadas en la región sugieren una realidad más matizada: la mayoría de los habitantes de Narva no muestran una voluntad de separación ni una afinidad automática con Moscú, sino una aspiración a una vida estable, segura y con acceso pleno a derechos como ciudadanos del Estado estonio (Kalmus et al., 2020). Este matiz es especialmente relevante si se tiene en cuenta que, tras la independencia,

Ilustración 1. Mapa de Estonia. Este mapa muestra la ubicación geográfica del país, destacando su posición como Estado fronterizo entre la Unión Europea y la Federación Rusa. La ciudad de Narva aparece situada en el extremo nororiental del país, a escasa distancia de territorio ruso



Fuente: <https://www.nationsonline.org/oneworld/map/estonia-map.htm>.

muchos rusoparlantes quedaron como no-ciudadanos o con un estatus de “residente permanente sin ciudadanía”, lo que limitaba sus derechos políticos y generaba una diferencia con respecto a los ciudadanos estonios de pleno derecho. En gran medida, estas distinciones se han vinculado al requisito de demostrar competencia en lengua estonia para obtener la ciudadanía (Estonian Ministry of Education and Research, 2024), lo que ha alimentado tensiones y ofrecido a Rusia un argumento para presentarse como defensora de esa población “marginada” (Kalmus et al., 2020).

Cabe destacar que esta tensión entre lengua e identidad, entre sospecha externa y e inclusión interna, no es exclusiva de Estonia. Se inscribe en un patrón más amplio que afecta a varios países postsoviéticos donde conviven identidades lingüísticas diversas y donde el ruso, como lengua de herencia imperial y comunicación interétnica, sigue teniendo presencia significativa (King, 2000). La pregunta que se impone es hasta qué punto es posible consolidar una ciudadanía democrática en contextos de diversidad lingüística sin caer en la asimilación forzada ni abrir la puerta a la fragmentación.

Por lo tanto, se explorará en el presente artículo la situación de Narva como ejemplo paradigmático de los dilemas que enfrentan las repúblicas del Báltico con minorías

rusófonas: preservar su identidad nacional, responder a amenazas externas y evitar la exclusión de sus propios ciudadanos. Para ello, se examina primero el contexto histórico que explica la concentración de población rusa en Estonia, resultado de dinámicas demográficas inducidas por el régimen soviético. A continuación, se analizan las políticas lingüísticas contemporáneas, en particular la reciente decisión de eliminar el ruso del sistema educativo estonio, como reflejo de una estrategia de nacionalización lingüística. Posteriormente, se estudian las posturas de los principales partidos políticos estonios ante esta cuestión y las respuestas institucionales a la supuesta amenaza prorrusa en zonas de mayoría rusófona. Finalmente, se analiza la ciudad de Narva como espacio fronterizo e identitario, no solo en términos geográficos, sino como laboratorio de ciudadanía plural. A través de este análisis, se argumenta que hablar ruso no implica necesariamente una identidad política prorrusa, y que la integración de minorías es posible sin recurrir a la asimilación, siempre que se reconozca la pluralidad lingüística dentro de un mismo país.

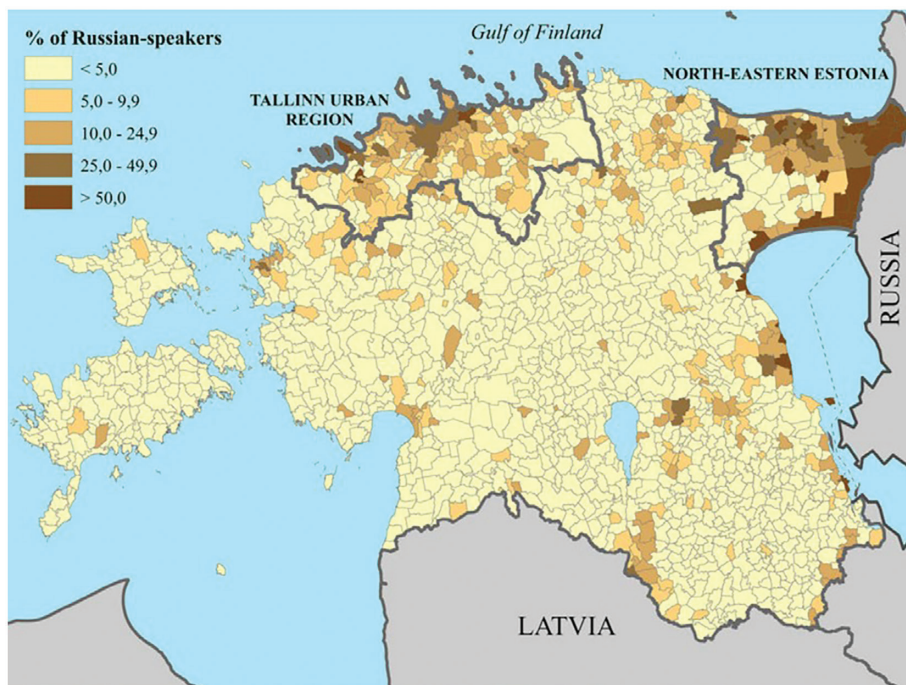
Contexto histórico de los rusófonos en Estonia

La presencia de población de habla rusa en Estonia tiene raíces históricas profundas, aunque la configuración actual de esta minoría se debe en gran medida a las políticas demográficas del siglo XX. Desde la incorporación del territorio estonio al Imperio ruso en el siglo XVIII, tras las guerras del Norte, la región ha estado expuesta a una influencia política, administrativa y cultural rusa sostenida. Ciudades como Narva, fundada por escandinavos en el siglo XIII, adquirieron una creciente importancia bajo dominio ruso, especialmente tras convertirse en puesto avanzado estratégico del imperio zarista. Asimismo, durante el periodo imperial se fundaron comunidades rusas permanentes, como las de los *starovertsy* (viejos creyentes) en torno al vecino lago Peipus, que lograron mantener su lengua, religión y costumbres incluso durante la independencia de entreguerras.

No obstante, antes de la Segunda Guerra Mundial, Estonia era un país relativamente homogéneo desde el punto de vista étnico: el censo de 1934 reflejaba una población compuesta en un 88 % por estonios (Vihalemm, 1999). La ciudad de Narva, hoy mayoritariamente rusa, contaba entonces con mayoría estonia, y las comunidades rusas se limitaban a ciertos enclaves históricos. Fue a partir de la ocupación soviética en 1940 y, sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se produjo una transformación profunda del equilibrio demográfico a causa de las políticas de rusificación promovidas desde Moscú. Durante la ocupación soviética (1940–1991), y especialmente tras 1945, se impulsó una política activa de rusificación demográfica. La industrialización planificada de Estonia, en particular la construcción de grandes fábricas y centrales eléctricas en el noreste del país, atrajo a decenas de miles de trabajadores rusohablantes procedentes de otras repúblicas soviéticas (Laitin, 1998). Este proceso transformó el paisaje demográfico: en 1989, sólo el 61,5 % de los habitantes de Estonia eran estonios étnicos, mientras que los rusoparlantes (rusos, ucranianos o bielorrusos, entre otros) constituían cerca del 35 % (Smith et al., 1998: 112) aunque, como se observa en el mapa a continuación, la distribución de la población rusófona es desigual en la nación báltica.

Con la recuperación de la independencia en 1991, el nuevo Estado estonio se declaró sucesor jurídico de la república anterior a la ocupación soviética y adoptó una política de ciudadanía restringida: solo se reconocía automáticamente a quienes

Ilustración 2. Distribución de la población rusófona en las zonas rurales y urbanas de Estonia. Se observa una fuerte presencia de hablantes de ruso en el noreste del país, especialmente en el condado de Ida-Viru y en determinadas zonas urbanas de Tallin, mientras que la mayor parte de las áreas rurales presentan una clara mayoría estonófona



Fuente: https://www.researchgate.net/figure/The-share-of-Russian-speakers-in-Estonian-rural-and-urban-neighbourhoods-2011_fig1_329190090

hubieran sido ciudadanos antes de 1940 y a sus descendientes. El resto de la población, mayoritariamente rusoparlante, debía naturalizarse, lo que implicaba aprobar un exigente examen de idioma estonio, una lengua de origen fino-ugrio emparentada con el finlandés, así como de historia de Estonia (Seljamaa, 2012). Esta decisión dejó a decenas de miles de personas en una situación de apatridia de facto, con un documento gris de residencia sin ciudadanía (Solska, 2011: 1091-1099). Aunque con el tiempo muchos han adquirido la ciudadanía estonia, aún hoy persisten casos de personas apátridas, y un porcentaje importante de rusoparlantes mantiene la ciudadanía rusa, lo que complica la integración plena en la vida política nacional.

En paralelo, el idioma estonio fue declarado única lengua oficial del Estado. El ruso, que durante la época soviética había sido la lengua vehicular de la administración, la educación y los medios de comunicación, fue relegado al ámbito privado (Ehala, 2009: 143). El sistema educativo estonio inició una transición gradual hacia la enseñanza exclusivamente en estonio, estableciendo cuotas lingüísticas que limitaban el porcentaje de materias que podían ser impartidas en ruso. La medida generó tensiones con las comunidades rusófonas, que percibieron la política como una forma de marginación cultural (Seljamaa, 2012: 67-69).

Conviene señalar, sin embargo, que la situación se debe a una medida revanchista: durante el periodo soviético el estonio no fue prohibido ni erradicado, pero sí relegado a un uso principalmente rural, familiar o cultural, mientras que el ruso monopolizaba los espacios de prestigio y de poder. La presencia del estonio se mantenía en ámbitos simbólicos, como la impresión de billetes de rublo en lenguas de las repúblicas, pero su peso en la vida pública quedaba subordinado al ruso. En este sentido, tanto en la etapa soviética como en la independencia, la política lingüística ha tendido a favorecer una lengua en detrimento de la otra, lo que explica en parte las percepciones de alternancia en la marginación.

En este contexto, la ciudad de Narva se convirtió en un símbolo ambiguo: por un lado, representa el legado soviético y la persistencia de una identidad cultural rusa; por otro, se ha mantenido dentro del marco institucional estonio sin episodios de desestabilización graves. Su composición demográfica es el resultado directo del proceso de industrialización soviética: actualmente, más del 95% de su población tiene el ruso como lengua materna (Statistics Estonia, 2025), y una parte significativa posee ciudadanía rusa o estatus de no ciudadano (Schulze y Pupcenoks, 2025: 1048-1059). En resumen, la configuración histórica de la comunidad rusoparlante en Estonia es el resultado de un proceso de colonización interna durante el periodo soviético, seguido de una estrategia estatal de consolidación nacional orientada a reforzar la lengua y la cultura estonias. Esta tensión entre legado soviético e identidad nacional postsoviética sigue marcando las políticas públicas y la percepción mutua entre mayoría y minoría. Uno de los momentos que mejor refleja esta dualidad estonia se produjo en abril de 2007, cuando el gobierno estonio decidió trasladar del centro de Tallin al cementerio militar un monumento soviético conocido como el *soldado de bronce*. Para muchos estonios, se trataba de un símbolo de la ocupación; para los rusófonos, representaba la victoria sobre el nazismo. Las protestas derivaron en disturbios que dejaron un muerto y más de cien heridos (Ehala, 2009: 150). La reacción de Moscú fue inmediata, acusando al gobierno estonio de profanar la memoria soviética, mientras que en Estonia el incidente reforzó la percepción de que el Kremlin seguía utilizando a los rusófonos como herramienta de presión externa.

Situación sociopolítica actual: políticas lingüísticas y tensiones geopolíticas

En los últimos años, Estonia ha acelerado su política de integración lingüística como parte de una estrategia más amplia para reforzar la cohesión nacional en un contexto geopolítico inestable. La guerra en Ucrania, iniciada por Rusia en febrero de 2022, ha provocado un endurecimiento de las posturas en materia de seguridad interior, identidad nacional y uso del idioma ruso en el espacio público (Schulze y Pupcenoks, 2025: 1045-1051).

Uno de los pilares de esta nueva etapa ha sido la aprobación de la reforma educativa que establece la transición de todas las escuelas públicas al estonio como lengua de enseñanza. En diciembre de 2022, el *Riigikogu* aprobó por mayoría una ley que establece que, a partir del curso 2024/2025, los centros preescolares y los cursos primero y cuarto deberán impartirse exclusivamente en estonio, extendiéndose gradualmente al resto del sistema. Se prevé que el proceso esté completamente implementado para 2030 (Estonian Ministry of Culture, s.f.).

El objetivo declarado es garantizar la igualdad de oportunidades y evitar que los estudiantes de habla rusa queden marginados del acceso a la educación superior o al mercado laboral. Según datos del propio Ministerio, los alumnos de escuelas rusas presentaban resultados significativamente más bajos en comprensión lectora y ciencias. De ahí que, desde la lógica oficial, el tránsito al estonio como lengua de enseñanza debía servir para mejorar los indicadores académicos y asegurar una integración plena. No obstante, esta argumentación resulta ambivalente: por un lado, es cierto que existía un “sistema paralelo” de escolarización en ruso, con consecuencias visibles en el rendimiento y en la movilidad social; pero, por otro, numerosos investigadores han señalado que el cambio lingüístico por sí solo no garantiza una mejora automática en los resultados educativos, y que el riesgo de marginación persiste si no se acompaña de políticas de apoyo específicas (Laitin, 1998). En este sentido, se puede afirmar que, aunque la gradualidad de la reforma aparentemente buscaba mitigar ese efecto de exclusión, las percepciones entre la población rusófona fueron de imposición más que de integración (Küün, 2008: 194).

Sin embargo, esta transición no está exenta de retos. Numerosos docentes de escuelas rusófonas carecen del nivel requerido en estonio para impartir clases, y muchos padres temen que sus hijos sufran dificultades académicas durante los primeros años. Aunque el gobierno ha previsto programas de formación y apoyo, la percepción en regiones como Ida-Virumaa sigue siendo ambivalente (Kalmus et al., 2020). Además, el nuevo clima político posterior a la invasión de Ucrania ha provocado un cierre simbólico hacia todo lo que se percibe como influencia rusa. Las emisoras de radio en ruso, los medios impresos y digitales, e incluso iniciativas culturales locales han sido objeto de escrutinio. Algunas publicaciones han sido retiradas de bibliotecas públicas y se han denunciado casos de censura preventiva o cancelación de proyectos por estar en lengua rusa, incluso si su contenido era favorable a los valores democráticos europeos. Esta tendencia ha generado preocupación entre intelectuales estonios, que alertan del riesgo de erosionar el pluralismo lingüístico en nombre de una pretendida seguridad.

La situación también ha creado una paradoja en la diplomacia cultural: mientras Estonia promueve la libertad de expresión y la diversidad lingüística como valores europeos fundamentales, las medidas internas aplicadas a los rusófonos han sido percibidas por algunos observadores como restrictivas. Esta tensión se acentúa cuando se aplican políticas uniformes a colectivos diversos: hay una diferencia importante entre los ciudadanos leales que usan el ruso como lengua materna y los individuos que expresan públicamente simpatías prorrusas. En este sentido, el caso del político estonio Aivo Peterson ha cobrado notoriedad. Fundador del movimiento Koos, fue detenido en 2023 por supuesta colaboración con las autoridades rusas. Su formación, con una presencia electoral marginal, había defendido abiertamente posturas favorables al Kremlin y criticado la ayuda militar de Estonia a Ucrania. Según las autoridades, Peterson habría cruzado varias veces la frontera con Rusia para grabar vídeos con narrativas alineadas con los intereses del Kremlin, lo que justificó su arresto bajo cargos de colaboración con potencias extranjeras y desinformación (ERR News, 2023). Aunque no se han hecho públicas pruebas concluyentes, su caso ha polarizado la opinión pública, dividiendo a quienes lo consideran un traidor y a quienes lo ven como víctima de una caza de brujas ideológica.

El debate lingüístico ha reflejado las líneas divisorias del sistema de partidos estonio. El Partido Reformista, de tendencia liberal y proeuropea, ha sido el principal impulsor de la reforma, apoyado por Isamaa y el partido de ultraderecha EKRE. Estas formaciones comparten la visión de que la lengua nacional es un elemento esencial para la seguridad del Estado (Rannut, 2008). En cambio, el Partido del Centro, históricamente vinculado al electorado ruso, ha manifestado reservas. Aunque oficialmente no se opone a la enseñanza en estonio, ha abogado por una transición más gradual y con mayores garantías de inclusión. Este posicionamiento refleja su intento de mantener el apoyo en ciudades como Narva o Kohtla-Järve, donde la comunidad rusófona constituye la mayoría (Rannut, 2008: 423-424). Por su parte, el Partido Socialdemócrata ha adoptado una posición intermedia, apoyando la reforma, pero insistiendo en la necesidad de evitar la exclusión y la estigmatización. Organizaciones de la sociedad civil, como la Fundación de Integración, han abogado por un enfoque de integración basado en el diálogo y el reconocimiento mutuo (Lindemann y Saar, 2012).

A medida que Estonia reafirma su pertenencia a la OTAN y la Unión Europea, el reto consiste en demostrar que la defensa de su soberanía y cohesión no consiste necesariamente en la homogeneización cultural, sino que debería pasar por la capacidad de integrar la diversidad interna en un marco democrático. La pluralidad lingüística puede ser compatible con una identidad nacional robusta, siempre que se gestione con políticas sensibles, horizontales y respetuosas con la memoria de los grupos históricos. En este sentido, el desafío no es únicamente técnico o pedagógico, relacionado con la enseñanza de lenguas o la adquisición de competencias, sino también político y simbólico, pues remite a la cuestión de cómo definir quién pertenece a la comunidad nacional.

Entre seguridad y derechos: represión del activismo prorruso y sus implicaciones democráticas

El conflicto de Ucrania ha provocado no solo un replanteamiento de las políticas exteriores y de defensa de los Estados bálticos, sino también un refuerzo sustancial de las medidas de seguridad interior. En Estonia, como en otros países de la región, el temor a la desestabilización interna y a las operaciones de influencia híbrida ha dado lugar a una vigilancia más activa de los discursos públicos percibidos, por parte del gobierno estonio, como prorrusos o desestabilizadores.

La respuesta pública fue, en su mayoría, de apoyo a la actuación del Estado, que fue interpretada como una defensa legítima frente a amenazas híbridas. Sin embargo, el caso suscitó también un debate relevante sobre los límites de la libertad de expresión en contextos de alta tensión geopolítica. Algunos sectores, tanto dentro como fuera del país, alertaron sobre el riesgo de que el combate contra la desinformación se convierta en un pretexto para reprimir el disenso o para vigilar de forma desproporcionada a ciudadanos rusófonos (Schulze y Pupcenoks, 2025: 1038-1054).

Este dilema pone de relieve la tensión estructural entre seguridad e inclusión, particularmente en sociedades como la estonia, donde el tejido social es plurilingüe y donde el legado de desconfianza mutua entre comunidades aún no ha sido completamente superado. El umbral que separa la legítima protección de la soberanía

nacional de la vulneración de derechos fundamentales puede volverse especialmente borroso en regiones como Ida-Virumaa o la propia ciudad de Narva, donde una parte significativa de la población se informa en medios rusos y puede mantener una visión crítica de ciertas decisiones gubernamentales sin que ello implique automáticamente una deslealtad hacia el Estado.

Las autoridades estonias han insistido en que sus actuaciones no están dirigidas contra el idioma ruso ni contra la identidad cultural de la minoría, sino exclusivamente contra acciones que comprometen la seguridad nacional. Sin embargo, el contexto actual, marcado por un incremento del nacionalismo defensivo, ha dificultado el establecimiento de espacios seguros para la expresión matizada. En la práctica, se observa un endurecimiento del discurso oficial, así como de ciertas prácticas, donde las narrativas críticas, incluso cuando no suponen una amenaza directa, pueden ser rápidamente categorizadas como peligrosas o desinformadoras. Este fenómeno no es exclusivo de Estonia. En toda Europa, y especialmente en los países fronterizos con Rusia, se ha producido una expansión de las competencias de los servicios de seguridad en paralelo a una creciente preocupación por la estabilidad interna. No obstante, la eficacia de estas políticas debe ser evaluada no solo en términos de contención del riesgo, sino también en función de su impacto sobre la cohesión social y la confianza institucional.

En Estonia, uno de los principales desafíos es evitar que las medidas de vigilancia generen una percepción de discriminación o sospecha generalizada sobre la población rusófona. El fortalecimiento de la seguridad debe ir acompañado de una estrategia de comunicación transparente, programas de educación cívica multilingües y mecanismos de participación inclusivos. Solo así se podrá evitar la consolidación de una ciudadanía fragmentada, donde ciertos grupos se sientan sistemáticamente observados, silenciados o excluidos del debate público. En definitiva, la represión del activismo de habla rusa refleja una tensión entre la protección del Estado y el respeto a las libertades fundamentales. No obstante, se advierte que no solo se han restringido las actividades explícitamente prorrusas, sino que en ocasiones los derechos de la población rusófona en su conjunto se han visto progresivamente limitados, lo que corre el riesgo de generar una inseguridad mayor a largo plazo. La clave radica en mantener una vigilancia proporcional, sustentada en evidencias claras y no en estereotipos identitarios, pues de lo contrario se fomenta la desconfianza y se alimenta la narrativa de exclusión. En regiones como Narva, donde la confianza institucional puede ser más frágil y la identidad rusa se expresa con naturalidad, la gestión de estos equilibrios se convierte en una prueba crucial para la estabilidad del país. De hecho, cabe preguntarse si estas medidas contribuyen realmente a reforzar la seguridad o si, por el contrario, intensifican la tensión con Rusia y podrían contribuir a la radicalización de ciertos sectores de la comunidad rusófona. Sin duda, reforzar la seguridad no puede ser sinónimo de erosionar los derechos de las minorías.

Narva: ciudad frontera, símbolo de tensiones y esperanza de integración

Narva representa uno de los espacios más singulares y simbólicos del mapa político y cultural de Estonia. Situada en el extremo noreste del país, a orillas del río del mismo

nombre que marca la frontera con Rusia, es una ciudad de mayoría abrumadoramente rusófona (Laitin, 1998). El carácter fronterizo de Narva se refleja en su urbanismo: el puente que la conecta con la ciudad rusa de Ivángorod permite observar, desde la ribera estonia, la bandera de la Federación Rusa ondeando a escasos metros. Las fortalezas enfrentadas de ambas orillas, la de Narva y la de Ivangorod, se han convertido en metáforas visuales del diálogo tenso entre los dos Estados (Schulze y Pupcenoks, 2025: 1035-1059). A nivel geopolítico, Narva ha sido objeto de especulación por parte de analistas occidentales, que la han descrito como un posible punto de intervención rusa en el marco de una hipotética expansión de su doctrina de “protección de compatriotas” (Toal, 2019: 145). No obstante, diversos estudios empíricos y encuestas sociológicas contradicen la idea de que Narva sea un enclave prorruso dispuesto a desafiar la soberanía estonia. Por el contrario, la mayoría de sus habitantes se declara leal al Estado estonio, aunque con reivindicaciones claras en materia de derechos lingüísticos y reconocimiento cultural (Kalmus et al., 2020: 58). El uso del ruso en la vida cotidiana no implica simpatía hacia el Kremlin; de hecho, muchos ciudadanos de Narva han condenado la invasión de Ucrania, aunque en algunos casos lo hayan hecho en términos más ambiguos que en el resto del país (ERR News, 2022).

Las autoridades estonias han tratado de reforzar la presencia del Estado en la región mediante inversiones en infraestructuras, actividades culturales y campañas de integración. En el ámbito educativo, el Ministerio de Educación contradice la idea de exclusión hacia lo ruso afirmando que se han financiado programas para mejorar la enseñanza del estonio como segunda lengua con el fin de fomentar la participación cívica de los jóvenes rusófonos (Estonian Government, s.f.). Sin embargo, estos esfuerzos de integración conviven con una clara voluntad de distanciamiento respecto a Rusia. En 2018, el gobierno estonio inició la construcción de un muro en la frontera con Rusia, justificado oficialmente por la necesidad de responder a la tensión territorial. En 2022, se inauguró un nuevo edificio fronterizo con diseño moderno y vigilancia reforzada, como señal del control estatal y símbolo de apertura europea.

Muchos habitantes de Narva consideran que, pese a las inversiones y los programas de integración, el resto del país los percibe con desconfianza, como “ciudadanos de segunda” (Ehala, 2009: 139-158). Esta brecha simbólica se acentúa con medidas como la retirada de monumentos soviéticos, como el tanque conmemorativo de la Segunda Guerra Mundial que fue trasladado en agosto de 2022. La decisión, aunque coherente con la política nacional de eliminación del pasado soviético, provocó manifestaciones en Narva y tensiones con las autoridades locales (ERR News, 2022). En definitiva, el Estado estonio combina estrategias de integración interna con políticas que buscan, simultáneamente, marcar una frontera simbólica y política con Rusia.

Pese a estos episodios, Narva no ha experimentado movimientos separatistas ni demandas de autonomía. La estructura institucional de Estonia, basada en un Estado unitario y centralizado, no permite fórmulas de autogobierno regional, pero la ciudadanía de Narva ha demostrado una notable resiliencia dentro del marco estatal. La integración, aunque imperfecta, se ha consolidado como realidad cotidiana, especialmente entre las nuevas generaciones que dominan el estonio con mayor soltura (Küün, 2008: 23). Habría que plantearse si esta mejora en las competencias

comunicativas en estonio se debe a la iniciativa propia o a una imposición, ya que sin estonio es difícil acceder a puestos de trabajo de calidad.

En síntesis, Narva constituye un caso de estudio fronterizo valioso. Pese a las tensiones, la ciudad y su región representan un ejemplo de cómo la coexistencia de identidades lingüísticas puede canalizarse dentro de un proyecto político en común, siempre que se garantice el respeto a la diversidad cultural y se eviten las políticas de asimilación forzosa. No obstante, los habitantes de Narva mantienen, en gran medida, una identidad más próxima al universo cultural ruso que al estonio, lo cual se refleja en las prácticas lingüísticas cotidianas, el consumo mediático y las redes familiares. El predominio del ruso en la esfera local no es solo el resultado de políticas de marginación, sino también de una continuidad histórica y de una socialización comunitaria muy marcada. Ahora bien, la insistencia estatal en reforzar la enseñanza del estonio y en vincular la ciudadanía plena a la competencia lingüística busca equilibrar esta balanza, aunque a menudo se percibe más como un mecanismo de presión que como una política de inclusión. En este sentido, la coexistencia de identidades, lejos de estar asegurada, se encuentra en riesgo de tensionarse, especialmente si las medidas de integración se entienden como imposiciones y no como oportunidades compartidas.

¿Es posible hablar ruso y ser proeuropeo? Complejidad identitaria y modelos de ciudadanía inclusiva

El caso de Narva pone en cuestión uno de los supuestos más extendidos en el análisis geopolítico contemporáneo: la asociación entre lengua y lealtad política. A menudo se presume que el uso del ruso fuera de la Federación Rusa implica una identidad prorrusa o, incluso, una predisposición hacia la desestabilización del orden estatal. Esta lógica ha sido instrumentalizada por el Kremlin, que ha justificado su intervención en Ucrania y otras regiones postsoviéticas en nombre de la defensa de los “compatriotas rusos” (*sootechestvenniki*) (Zevelev, 2008: 55). No obstante, tal premisa no solo simplifica en exceso la realidad identitaria de las minorías rusófonas, sino que también ignora las trayectorias específicas de cada contexto nacional, así como la capacidad de los hablantes para negociar múltiples identidades.

En Estonia, así como en otras repúblicas exsoviéticas, los rusófonos no constituyen un bloque homogéneo. Existen diferencias generacionales, sociales y geográficas significativas. Mientras los mayores, especialmente aquellos que emigraron durante la época soviética (Aidarov y Drechsler, 2013: 103-108), suelen tener un mayor apego cultural a las estructuras de entonces y una competencia limitada en estonio, los jóvenes rusófonos, especialmente en contextos urbanos, tienden a tener una identidad más híbrida, digitalizada y orientada hacia el europeísmo (Schulze y Pupcenoks, 2025: 1047-1054). Muchos de ellos han estudiado en centros bilingües, trabajan en entornos multiculturales y consumen contenidos mediáticos tanto en estonio o ruso como en inglés o en otras lenguas. Esta generación no se siente interpelada por la retórica de Moscú, sino que busca reconocimiento dentro de la sociedad estonia sin renunciar a su lengua materna.

La ciudadanía estonia, aunque formalmente accesible para todos los nacidos en el país o residentes desde hace décadas siempre y cuando aprueben un examen, no garantiza por sí sola la inclusión simbólica. Aún persisten desigualdades materiales y percepciones sociales de “ciudadanía incompleta”. El hecho de que una parte significativa de los rusófonos siga sin ciudadanía o con pasaportes grises indica una desconfianza histórica que no se ha resuelto del todo. La percepción de exclusión lingüística o el trato desigual en la administración pública, en los medios de comunicación o en el acceso a empleos de alta cualificación puede alimentar sentimientos de alienación. Pero al mismo tiempo, estas tensiones también han dado lugar a formas creativas de reapropiación de la ciudadanía.

El modelo estonio se ha basado en una concepción cívica de la nación, pero con rasgos etnolingüísticos arraigados: la lengua estonia opera como marcador de pertenencia legítima. Esta concepción es comprensible en un país que ha vivido la rusificación, la ocupación militar y el silenciamiento identitario. Sin embargo, puede volverse contraproducente si la lengua se transforma en criterio excluyente y se utiliza como frontera simbólica que impide la participación política de quienes no dominan el idioma nacional (Ehala, 2009: 152).

La experiencia de Narva demuestra que es posible construir una ciudadanía leal sobre bases plurilingües, siempre que se reconozca la legitimidad de esas diferencias dentro del marco constitucional. Las escuelas que han implementado modelos de transición gradual, con apoyo pedagógico y recursos interculturales, han mostrado resultados positivos en la integración sin renunciar al ruso como lengua de socialización primaria.

Este dilema no es exclusivo del contexto báltico. En Ucrania, por ejemplo, millones de ciudadanos rusohablantes han combatido por la integridad territorial del país desde 2014, desmintiendo la narrativa de que hablar ruso equivale a ser prorruso. Del mismo modo, en Kazajistán, donde el ruso sigue siendo lengua cooficial y de facto de comunicación interétnica, las autoridades han reforzado su soberanía cultural sin prohibir ni marginar el ruso. En Finlandia, la comunidad suecoparlante ha convivido con la mayoría finesa sin conflictos identitarios estructurales, gracias a una institucionalización adecuada del bilingüismo. También en Bélgica, Suiza o Canadá se han desarrollado modelos federales o consociativos donde la lengua no es barrera para la participación cívica, sino un elemento articulador de la diversidad interna. En estos casos, las lenguas minoritarias no han sido vistas como obstáculos al proyecto nacional, sino como elementos constitutivos de una nación plural. De hecho, estos modelos ofrecen valiosas lecciones a Estonia: la lengua oficial puede coexistir con otros idiomas en el espacio público, siempre que haya voluntad política y estructuras normativas que lo sostengan.

En muchos sectores de la sociedad postsoviética, el ruso continúa siendo percibido como una “lengua extranjera interior”, y los hablantes de ruso como potenciales agentes de inestabilidad. Este imaginario se refuerza a través de medios de comunicación sensacionalistas, narrativas securitarias y una polarización política creciente. La vinculación automática entre idioma y lealtad nacional simplifica en exceso los procesos identitarios contemporáneos, que son cada vez más transnacionales, digitales y complejos. Muchos rusohablantes de Estonia ni siquiera han pisado territorio ruso alguna vez en su vida.

La posibilidad de ser rusohablante y, al mismo tiempo sentirse europeo, no es contradictoria. Como señala Anna Verschik (2005: 385), las identidades lingüísticas no son bloques cerrados, sino repertorios flexibles que se adaptan a contextos y experiencias. En Narva, muchos ciudadanos emplean el ruso en su vida cotidiana, consumen medios estonios e internacionales, y participan activamente en procesos democráticos. Votan, critican al gobierno, debaten en foros ciudadanos y forman parte de redes cívicas que trabajan por la inclusión. Algunos incluso se han convertido en referentes públicos que defienden la democracia liberal desde una identidad cultural bilingüe.

En este contexto, la clave está en superar la dicotomía entre lengua e identidad política. No se trata de negar la importancia del estonio como lengua nacional, sino de evitar convertirlo en una herramienta de exclusión. Un modelo de ciudadanía inclusiva requiere garantizar el aprendizaje del estonio como herramienta de movilidad y participación, al tiempo que se protege el derecho a utilizar la lengua rusa en todos los ámbitos de la vida cotidiana y se combate la discriminación lingüística.

En definitiva, hablar ruso no debe ser percibido como una amenaza, sino como una oportunidad para repensar la nación desde parámetros posnacionales e inclusivos. El caso de Narva —y otros similares en Ucrania, Kazajistán o Letonia— demuestra que la lealtad democrática no se mide por la lengua que se habla, sino por el compromiso con los valores compartidos. Frente a los discursos esencialistas, la política lingüística debe fundarse en el respeto a la diversidad, la equidad de oportunidades y la construcción de un futuro común que no exija renuncias identitarias.

Conclusiones

El caso de Narva como ciudad fronteriza y la situación de los rusófonos en Estonia ilustran de forma paradigmática las tensiones entre lengua, identidad y soberanía en el espacio postsoviético. A través del análisis de la evolución histórica, las políticas lingüísticas contemporáneas y el contexto geopolítico actual, este artículo ha mostrado cómo una comunidad lingüísticamente diferenciada puede integrarse dentro de un Estado nacional sin necesidad de asimilación forzosa ni renuncia a su identidad cultural.

Las políticas estonias de promoción del idioma nacional han sido, en gran medida, comprensibles desde la lógica de la reparación histórica. Tras décadas de rusificación impuesta, el restablecimiento del estonio como lengua de Estado se convirtió en un símbolo de emancipación política y cultural. No obstante, cuando estas políticas se aplican de forma inflexible o sin mecanismos de acompañamiento pedagógico y social adecuados, pueden producir efectos no deseados. Entre ellos destacan la consolidación de percepciones de exclusión, la fragmentación del espacio público y una narrativa tácita de ciudadanos de primera y de segunda en función de la lengua materna. Las reformas recientes, como la eliminación del ruso como lengua vehicular en la educación pública, plantean no solo desafíos pedagógicos y logísticos, sino también dilemas éticos vinculados a la equidad y la cohesión social, además de generar agravios y acrecentar las tensiones entre la población rusófona y las instituciones estatales.

Frente a los discursos de alarma que han descrito Narva como una “bomba geopolítica” o “la próxima Crimea”, el análisis empírico revela una realidad más matizada. La mayoría de sus habitantes no manifiestan deseos de secesión ni alineamiento con

los objetivos del Kremlin. Por el contrario, lo que se observa es una ciudadanía que, aun expresando demandas de reconocimiento cultural y lingüístico, participa activamente en la vida democrática del país y valora las garantías del Estado de derecho. Este hallazgo es especialmente relevante en el contexto de la guerra en Ucrania, donde la manipulación identitaria de los rusófonos ha sido utilizada como pretexto para la agresión militar. Sin embargo, las percepciones de marginación cultural y las restricciones lingüísticas pueden generar agravios acumulativos que, lejos de reforzar la seguridad, tienden a acrecentar las tensiones y a alimentar narrativas de exclusión en la frontera oriental de Estonia. En todo caso, Narva podría demostrar que es posible mantener la lengua rusa como medio de comunicación y socialización sin que ello suponga un riesgo para la estabilidad del Estado, siempre que se garantice un marco institucional claro y respetuoso.

Más allá del caso estonio, la experiencia de Narva ofrece lecciones aplicables a otras sociedades contemporáneas con minorías lingüísticas percibidas como “externas” o asociadas a potencias rivales. El desafío no reside únicamente en preservar una lengua nacional, sino en construir un modelo de ciudadanía donde la pertenencia no se mida exclusivamente por el idioma que se habla en casa, sino por la voluntad de participar en un proyecto común. Estados como Bélgica, Finlandia o Suiza han desarrollado fórmulas institucionales que permiten conciliar la diversidad lingüística con la estabilidad política. Estonia tiene ante sí la oportunidad —y también la responsabilidad— de convertirse en un referente en este sentido, demostrando que la cohesión nacional no requiere homogeneidad, sino justicia lingüística.

En este marco, las autoridades estonias deberán calibrar con precisión sus políticas de integración. Un enfoque basado exclusivamente en la imposición lingüística puede erosionar el capital cívico de la población rusófona, reforzar los discursos de exclusión y, paradójicamente, facilitar la penetración de la influencia rusa en forma de victimización identitaria. Por el contrario, una estrategia basada en el diálogo intercultural, el reconocimiento simbólico y el acompañamiento educativo puede consolidar una lealtad cívica plural, más resistente frente a las interferencias externas.

En conclusión, podemos afirmar que es posible hablar ruso y pertenecer a un proyecto europeo. Reconocer esta posibilidad no significa renunciar a la defensa del idioma materno o a la defensa a la soberanía del Estado, sino asumir una concepción de ciudadanía abierta, plural e inclusiva. La lengua, lejos de ser un obstáculo, puede ser un puente si se gestiona con inteligencia institucional y sensibilidad cultural. En una Europa cada vez más expuesta a las tensiones identitarias y a las narrativas polarizadoras, el caso de Narva demuestra que la diversidad puede ser una fortaleza. Solo desde este enfoque será posible construir una Estonia sólida, democrática y resiliente, capaz de integrar su pluralidad sin fragmentarse, y de afirmar su soberanía sin excluir a quienes llevan décadas construyéndola desde otra lengua.

Bibliografía

Aidarov, A., y Drechsler, W., «Estonian Russification of Non-Russian Ethnic Minorities in Estonia? A Policy Analysis», *Trames*, vol. 17, n. 2, 2013, 103-128.

- Berman, D., «Will Narva be Russia's next Crimea?», *The Diplomat*, (2014). Obtenido de: <http://thediplomat.com/2014/04/will-narva-be-russias-next-crimea/>
- Ehala, M., «The Bronze Soldier: Identity Threat and Maintenance in Estonia», *Journal of Baltic Studies*, vol. 40, n. 1, 2009, 139-158. Obtenido de: <https://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/01629770902722294>
- ERR News, «Narva city government opts to remove Soviet-era tank monument itself», (2022). Obtenido de: <https://news.err.ee/1608678898/narva-city-government-opts-to-remove-soviet-era-tank-monument-itself>
- ERR News, «ISS detains Aivo Peterson on suspicion of forming anti-Estonian association», (2023). Obtenido de: <https://news.err.ee/1608911273/iss-detains-aivo-peterson-on-suspicion-of-forming-anti-estonian-association>
- Estonian Government, *Cohesive Estonia Strategy 2030*, (s. f.). Obtenido de: https://www.kul.ee/sites/default/files/documents/2022-02/cohesive_estonia_strategy.pdf
- Estonian Ministry of Culture, «Estonian language and culture: Finding the common language», (s. f.). Obtenido de: <https://www.integratsioon.ee/en/overview-learning-opportunities>
- Estonian Ministry of Education and Research, «A new chapter in Estonian education: Uniting through instruction language», (2024). Obtenido de: <https://www.educationestonia.org/estonian-education-language-reform/>
- Kalmus, V., Lauristin, M., Opermann, S., y Vihalemm, T., «Russians in Estonia: Integration and translocalism», en Kalmus, V., Lauristin, M., Opermann, S., y Vihalemm, T. (eds.), *Researching Estonian transformation: Morphogenetic reflections*, Tartu, University of Tartu Press, 2020, 251-292.
- King, C., *The Moldovans: Romania, Russia, and the Politics of Culture*, Stanford, Stanford University Press, 2000.
- Küün, E., «The Ethnic and Linguistic Identity of Russian-Speaking Young People in Estonia», *Trames*, vol. 12, n. 2, 2008, 183-203. Obtenido de: https://kirj.ee/public/trames_pdf/2008/issue_2/Trames-2008-2-183-203.pdf
- Laitin, D. D., *Identity in Formation: The Russian-Speaking Populations in the Near Abroad*, Stanford, Cornell University Press, 1998.
- Lindemann, K., y Saar, E., «Ethnic Inequalities in Education: Second-Generation Russians in Estonia», *Ethnic and Racial Studies*, vol. 35, n. 11, 2012, 1974-1998.
- Makarychev, A., «The Popular Geopolitics of the Russian Diaspora in Estonia: Gaps, Cleavages, Disconnections», *Russian Analytical Digest*, n. 316, 2024, 5-9. Obtenido de: <https://doi.org/10.3929/ethz-b-000692533>
- Rannut, M., «Estonianization Efforts Post-Independence», *International Journal of Bilingual Education and Bilingualism*, vol. 11, n. 3-4, 2008, 423-439.
- Schulze, J. L., y Pupcenoks, J., «Securitizing Russian-speakers in Estonia and Latvia: The Frame-Policy Nexus before and after Russia's Invasion of Ukraine», *Nationalities Papers*, vol. 53, n. 5, 2025, 1035-1059. Obtenido de: <https://>

www.cambridge.org/core/journals/nationalities-papers/article/securitizing-russianspeakers-in-estonia-and-latvia-the-framepolicy-nexus-before-and-after-russias-invasion-of-ukraine/E18B914389E1A51B9026488684F30F73

- Seljamaa, E. H., *A Home for 121 Nationalities or Less: Nationalism, Ethnicity, and Integration in Post-Soviet Estonia*, Ohio, Ohio State University, 2012.
- Smith, G., et al., *Nation-Building in the Post-Soviet Borderlands: The Politics of National Identities*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998. Obtenido de: <https://doi.org/10.1017/CB09780511598876>
- Solska, M., «Citizenship, Collective Identity and the International Impact on Integration Policy in Estonia, Latvia and Lithuania», *Europe-Asia Studies*, vol. 63, n. 6, 2011, 1089-1108. Obtenido de: <http://www.jstor.org/stable/27975612>
- Statistics Estonia, *Population by Ethnic Nationality*, (2025). Obtenido de: <https://stat.ee/en/find-statistics/statistics-theme/population/population-figure>
- Toal, G., *Near Abroad: Putin, the West and the Contest over Ukraine and the Caucasus*, Oxford, Oxford University Press, 2019.
- Verschik, A., «Research into Bilingualism in Estonia», *Journal of Multilingual and Multicultural Development*, vol. 26, n. 5, 2005, 378-390. Obtenido de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6527266>
- Vihalemm, T., «Group Identity Formation Processes among Russian-Speaking Settlers of Estonia: A Linguistic Perspective», *Journal of Baltic Studies*, vol. 30, n. 1, 1999, 18-39. Obtenido de: <https://www.jstor.org/stable/43212301>
- Zevelev, I., «Russia's Policy toward Compatriots in the Former Soviet Union», *Russia in Global Affairs*, vol. 6, n. 1, 2008, 49-62.